



Investigar la noción de otredad a partir de la literatura. Aportes desde la sociocrítica y la sociosemiótica

Research on the notion of otherness in literature. Contributions from the point of view of sociocriticism and social semiotics

Dra. Andrea Puchmüller

puchmuller@gmail.com

Universidad Nacional de San Luis

San Luis, Argentina

Licenciada en Lengua y Literatura Inglesa, Doctora en Letras

Experiencias profesionales más relevantes: Profesor Adjunto Exclusivo

Efectivo de Literatura Inglesa y Norteamericana, y de Didáctica de la Lengua y la Literatura, del Profesorado en Letras, Departamento de Artes, UNSL.

Docente estable de la Maestría en Literaturas Contemporáneas en Lengua Inglesa, de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza. Directora del PROIPRO 04-3318 "Literatura e Identidades: intersecciones, construcciones y representaciones" (UNSL). Autora de los siguientes libros: Narrativas de la Otredad. Literatura y Estética (2019), Think Outside the Box. EFL Activities for Young Adult Literature (2014) y El drama histórico romano de Shakespeare: una nueva perspectiva crítica (2012).

106

Resumen



Este artículo presenta una propuesta para el estudio del concepto de otredad a partir de la ficción literaria. Se parte de una reflexión en torno a la encrucijada que significa representar al otro desde el arte y la literatura. A partir del conflicto de la representación, se propone una perspectiva sociocrítica y sociosemiótica como encuadre hermenéutico del tema propuesto. Finalmente, la metáfora –como figura estética e ideológica- se presenta como tropo privilegiado para indagar la configuración del otro en la literatura.

Palabras clave: otredad-literatura-sociocrítica-sociosemiótica-metáfora

Abstract

This article presents a proposal to study of the concept of otherness in literary fiction. It starts from a reflection around the crossroads implied when representing the other in art and literature. Based on the conflict of representation, a socio-critical and socio-semiotic perspective is proposed as a hermeneutical framework. Finally, the metaphor -as aesthetic and ideological figure- is presented as a privileged trope to investigate the configuration of the other in literature.

107

Key words: otherness-literature-sociocriticism- sociosemiotics- metaphor

Introducción

El escenario contemporáneo de nuestro siglo XXI, en el que los vínculos sociales se desvanecen fácilmente, en el que las minorías (étnicas, culturales, etarias, religiosas, sexuales, de género, socioeconómicas etc.) luchan por su reconocimiento, en el que los desplazamientos por razones políticas, económicas o ecológicas se masifican y el discurso engañoso de la diversidad encubre normas etnocéntricas. Con ello, urge la necesidad de centralizar nuevas discusiones en torno al binario mismidad/otredad.

Tanto la otredad como la mismidad son categorías posicionales. La otredad es parte constitutiva de la identidad, ya que la identidad se construye a través de la diferencia y no al margen de ella (Hall, 1999). Sin embargo, el discurso hegemónico como mismidad define al otro, al diferente, y lo nombra como portador de algún prefijo: a-normal, anti-social, in-válido, dis-capacitado, sub-alterno, sub-versivo, sub-desarrollado, tran-sexual, des-ocupado, entre tantos otros; prefijos que suponen una carencia o una desviación y le quitan a la raíz de la palabra su “normalidad” (Fadiño Barros, 2014).

La literatura, como objeto social, estético y cultural, no permanece al margen del escenario descripto. La dialéctica mismidad/otredad en la literatura se transforma en un término paraguas que alberga un sinnúmero de subtemáticas, no menores, como xenofobia, racismo, opresión, multiculturalidad, globalización, minorías, particularismos, diferencias, que a nuestro entender implican directamente un replanteo de cuestiones tanto éticas como democráticas.

Sin embargo, al tratarse de un tema profundamente ético, la crítica literaria se encuentra con un primer obstáculo que dirimir: ¿Se puede representar la otredad y la diferencia a través del arte? ¿Es legítima y factible su tematización? Además, ¿Qué implicancias subyacen tras dicha construcción?, ¿El discurso literario solamente “representa” la otredad o también la “produce”, la “traduce”, la “imagina”, la “inventa”?

A partir de la discusión planteada, la investigación literaria se pronunciará epistemológicamente para conformar un horizonte hermenéutico e interpretar el objeto de estudio. Por tanto, el presente trabajo centra su objetivo en delimitar y describir una propuesta para abordar el estudio de la configuración de la otredad en ficciones literarias.

Se planteará en primera instancia una discusión acerca de la problemática de representar al otro por medio del discurso literario y en segundo lugar, se reflexionará en torno a la Teoría Sociocrítica y Sociosemiótica como encuadre

hermenéutico-analítico del tema en cuestión. Finalmente, dentro del terreno de los estudios literarios, se presentará a la metáfora como tropo privilegiado que la ficción literaria utiliza para representar la otredad.

Otredad y Literatura: la cuestión de su representación, producción y textualización

Según la postura proustiana solo podemos conocer al otro y percibir su universo a través del arte. Es a través del arte que podemos salir de nosotros mismos para saber lo que el otro ve de este universo (Proust, 2018). Por medio de la literatura es posible encontrarse con los pensamientos, emociones y sentires del otro, y ponerse en el lugar de dicha otredad "cuyas realidades pueden experimentarse con vivacidad y presencia palpable" (Sencindiver, 2014, p. 7).

Sin embargo, la concepción proustiana se encuentra y colisiona con otras posturas que consideran la otredad como irrepresentable y necesariamente resistente a toda conceptualización. Particularmente para Derrida (1976) y Levinas (1987) el otro es alteridad absoluta y como tal, no puede ser descripto a partir del yo, ya que en dicho proceso de articulación la otredad es eclipsada y modificada.

Para el pensamiento lévinasiano, la otredad es una categoría ética fundamental, que se define por y para sí misma; por lo tanto, la hospitalidad hacia el otro es incondicional y la obligación ética es imperativa. Para evitar viciar al otro y convertirlo en un ser distinto de sí mismo, Levinas y Derrida sostienen que la otredad siempre debe ser reconocida como lo totalmente-otro.

En el mismo orden de cosas, Skliar (2002) destaca que "El otro no es una temática, el otro no puede ser tematizado. Y aún más: el otro que se ha tematizado no es, seguramente, el otro" (p. 25). Una vez que la otredad se tematiza y se representa, deja de ser otredad. El tratar de representar al otro

implica una estrategia de contención donde el otro nunca es un agente activo de articulación.

La mismidad construye al otro en la periferia, en los bordes de su espacialidad identitaria, en la que se enfatiza su centralidad y su perfección. Así, el otro es relegado a lo marginal “y la única razón de su existencia debería ser pugnar para entrar, para estar en el centro, para ocuparlo” (Skliar, 2002, p. 88) y así ser como la mismidad. El otro es citado, mencionado, iluminado, encajado en estrategias de imagen/contra-imagen etc.

Es decir, nunca se cita a sí mismo, nunca se menciona, nunca puede interferir en los juegos de imágenes y contra-imágenes establecidos apriorísticamente (Skliar, 2002, p. 95).

Estos planteos llevan a cuestionarnos si la otredad puede entonces ser representada por medio del arte y de la literatura. Desde una perspectiva sociocrítica, la literatura se constituye en un objeto social, ya que conlleva inscrita en sí misma los imaginarios, las ideologías, las axiologías, la historicidad de una determinada época.

Posicionándonos en una concepción bajtiniana, consideramos que los textos literarios “no son unidades autosuficientes sino que establecen una relación de permeabilidad con las formas discursivas que circulan a su alrededor” (Elgue de Martini, 2003, p. 11).

La literatura se encuentra entre la enorme masa de los discursos que hablan, que hacen hablar al *socius* y llegan al oído del hombre en sociedad (Angenot, 2010, p. 22). Lo social (el contexto) se presenta al conocimiento bajo formas ya instituidas y constituidas, bajo la forma de textualizaciones específicas. Para Angenot (2010) la configuración de los discursos sociales, y por consiguiente del discurso literario, está marcada por la presencia de la hegemonía, los fetiches (la patria, el ejército, la ciencia), los tabúes (el sexo, la locura, la perversión), el egocentrismo, el etnocentrismo, la normatividad, etc.

Dichas cuestiones no sólo están “representadas” en la literatura sino que al mismo tiempo son “producidas” y “configuradas” por ésta.

En términos bajtinianos podríamos caracterizar al discurso literario como

[...] un enunciado que descubre el objeto de su orientación como algo ya especificado, cuestionado, evaluado, envuelto, [...] por una bruma ligera que lo oscurece o, al contrario, como algo esclarecido por palabras ajenas a su propósito. Está envuelto, penetrado por las ideas generales, las perspectivas, las apreciaciones y las definiciones de otros.²⁸ (Bajtín, 1981, p. 100)

Así, teniendo en cuenta los planteos de Angenot y de Bajtín, partimos del supuesto de que la otredad no puede conocerse en términos prístinos absolutos en la medida en que se mantenga totalmente independiente de sus articulaciones discursivas y condiciones materiales localizadas.

Consideramos que el discurso literario no representa la realidad sino que representa los discursos que representan dicha realidad. Así, dentro de la literatura se cruzan los diferentes discursos sociales; lo que para Bajtín es la forma arquitectónica. El texto literario (Bajtín, 1981) no presenta una sola voz unificada, estática y coherente; más bien, el cuerpo poroso del texto literario está habitado por múltiples voces que consisten en personajes, narradores, autores, ecos heterogéneos contextuales e intertextuales: un coro cacofónico que encarna una fricción heteroglósica de intereses.

Moslund (2011) también afirma que si bien la representación indudablemente "no puede volver a re-presentar la otredad pura o la diferencia o la mismidad", tampoco puede expulsarlas completamente. En consecuencia, "siempre habrá un grado de cambio, novedad y diferencia en cualquier acto de representación" (2011, pp. 191-2).

²⁸ Traducción de la autora.

Siguiendo la misma línea de pensamiento, Hall (1999) señala que el binomio identidad/otredad no debe pensarse como un hecho ya consumado, al que las prácticas culturales representan, sino que debe entenderse como una “producción” que nunca está completa, que siempre está en proceso y se constituye dentro de la representación, y no fuera de ella.

Además, el sociólogo enfatiza el hecho de que la identidad se revela al interior de una formación discursiva y es un efecto de la enunciación situada, a la vez que funciona como punto de sutura y de encuentro entre los sentidos y prácticas que nos interpelan y los procesos que producen las subjetividades.

Asimismo, de acuerdo a Arfuch (2005), no hay identidad por fuera de la representación, es decir, de la narrativización, pues narrar es hablar de una vida en donde cada sujeto, usando los recursos del lenguaje, de su cultura y de su historia, se representa, es representado o puede representarse siempre. A través de la narración, la identidad y la otredad adquieren una dimensión simbólica que se manifiesta en el discurso.

Debido a que el acceso al otro es limitado, la imaginación y la literatura se convierten en una condición previa para la empatía y, en términos lévinasianos, para la respuesta responsable frente a la otredad (Puchmüller y Ginestra, 2009).

Esto es lo que hace que el discurso literario sea pertinente para estudios sobre alteridades: como actividad esencialmente imaginativa, se convierte en un medio para vivenciar los otros-ficcionales y otros contextos alejados espacial, temporal y culturalmente de los nuestros. En lugar de ver un mundo único, el del *yo*, la literatura multiplica mundos, identidades, otredades.

Como discurso social, la literatura no solo representa sino que también construye y produce identidades y otredades. Elgue de Martini (2003, p. 15) destaca tres clases de funciones de los discursos sociales: una función óptica, es decir el poder de representar y de identificar; una función axiológica, la de valorizar y legitimar; y finalmente, puesto que generan las grandes

ideologías, los discursos sociales tienen asimismo una función pragmática, la de sugerir, hacer actuar. El discurso literario entonces representaría al otro, identificándolo a partir del entramado discursivo de una determinada sociedad, al mismo tiempo que pondría en valor los diferentes discursos representados acerca de dicha otredad y proporcionaría indicaciones de prácticas, comportamientos y acciones.

Este posicionamiento nos permite retomar los valiosos aportes de Lévinas para complementar nuestra perspectiva sociocrítica y validar a la literatura como un espacio genuino para la otredad. De acuerdo al planteamiento lévinasiano, la descripción de la otredad sólo es posible desde el concepto de responsabilidad. Podemos representar al otro del que nosotros somos responsables, y del cual respondemos porque demanda y espera de nosotros una respuesta frente a su vulnerabilidad, su sufrimiento, su aflicción, su desamparo. Somos de alguna manera responsables de la otredad porque ésta se da, se deja ver y reconocer en la diferencia, a la que el yo debe responder con una obligación ética incondicional.

La literatura, a partir de su carácter ideológico y social, y de su función óptica, axiológica y pragmática, asume la responsabilidad de la otredad, su representación y producción.

Hermenéutica de la otredad

Abordar la literatura como un objeto social y estético implica privilegiar la dimensión social de los textos, su peso histórico, su significación cultural, ideológica y política, y explorar el dinamismo entre los textos y la producción de sentido de lo social que los atraviesa (Elgue de Martini, 2003). Esto compromete al análisis literario a realizar un trabajo en dos direcciones, diferentes pero complementarias: de la sociedad como condición de producción a la obra, y de ésta, en tanto universo segundo, paralelo, a la

sociedad, generando así una flexibilidad de análisis hacia adelante y hacia atrás entre el texto y su universo de producción.

Por lo tanto, proponemos abordar la noción de otredad en la ficción literaria a partir de las relaciones texto-contexto, teniendo en cuenta un plano semiótico-ideológico-cultural (Martínez Torres, 1990) para entender a la otredad como un signo polisémico. Desde el punto de vista de la sociosemiótica, el concepto del otro lleva inscripto un conjunto de signos, a los que Eco (1979) denomina elementos culturales. Estos elementos son unidades definidas culturalmente y que se distinguen como una entidad.

Puede ser una persona, lugar, cosa, sentimiento, estado de situación, fantasía, alucinación, esperanza, ideas etc. De acuerdo a Martínez Torres (1990), la otredad, como conjunto de unidades, opera como un sistema:

[...] el sistema de lo excluido; aquello que se define, siguiendo a Derrida, por oposición o contraste a un logos. Éste, a su vez, es entendido como un origen o principio; como el bien inicial y el sentido de lo aceptable, bueno y admisible, que surge en momentos históricos concretos y discursos específicos. (p. 21)

Desde la perspectiva sociosemiótica adoptada, la figura del otro puede entenderse como un engranaje absolutamente necesario del juego de relaciones establecidas por el poder de la modernidad/colonialidad que impone las norma a seguir. Así, algunas unidades culturales que definen la otredad son “caos, pobreza, pasión, lo popular, lo femenino, lo pervertido, lo étnicamente impuro o mestizo, anarquía, locura, irracionalidad, animalidad, cosificación” (Martínez Torres, 1990, p. 21). La selección y la combinación de dichas unidades culturales reflejan formas concretas de prácticas ideológicas.

Para Staszak (2012), el otro puede percibirse como algo muy remoto, diferente y benigno; como algo próximo, predecible, igual, superior o inferior

al yo; o como algo incierto, fuera del control del yo y que se convierte en un germen de temor dejándosele prácticamente fuera de la humanidad. Esta última categoría se enfatiza con el comienzo de la modernidad (1492), en la que según Baudrillard (2000), se inaugura “la era de la producción del otro” (p. 113) y se ingresa en una relación exponencial con un otro artificial, fruto de una relación de desigualdad. También para Dussel (1992), la tensión Mismo/Otro comienza con la instalación creciente de la colonialidad moderna. La identidad dominante impone así el valor de su singularidad y devalúa la otredad imponiendo medidas discriminatorias.

A partir de la modernidad, la configuración de las identidades y otredades ha sido determinada por categorías construidas por el occidentalismo y la colonialidad. Para Hall (1999, p. 351-352), quien sigue el pensamiento foucaultiano, todo régimen de representación es un régimen de poder formado por la fatídica cupla saber/poder.

Los regímenes de poder no solo posicionan a determinadas identidades como el otro de su discurso dominante, sino que también los somete a ese conocimiento como un problema de voluntad impuesta y de dominación, gracias al poder de coacción interna y de conformación subjetiva con respecto a la norma. Esta categoría de otredad como coacción interna produce, según Fanon (1986), identidades deformadas “sin ancla, sin horizonte, sin color, sin estado, sin raíces: una raza de ángeles” (p. 176). Se producen así identidades que interiorizan patrones impuestos por la colonialidad.

Según Duschatzky y Skliar (2001, p. 188), las formas en que la mismidad enuncia al otro pueden englobarse en tres categorías socio-discursivas. La primera: el otro como fuente de todo mal. Se necesita del otro para poder nombrar la barbarie, la herejía, la pobreza, la homosexualidad, la discapacidad, la subalternidad etc, para que el yo/nosotros no sea eso. El otro diferente funciona como el depositario de todos los males, como el portador de las fallas sociales.

La segunda categoría, el otro como sujeto pleno de una marca cultural, alude al discurso políticamente correcto para hablar sobre la diversidad y para referirse sin culpa al otro que es diferente. De acuerdo a esta perspectiva, cada sujeto logra identidades plenas a partir de únicas marcas de identificación de una cultura, como si las culturas se estructuraran independientemente de relaciones de poder y jerarquía.

Por último, el otro como alguien a quien tolerar implica la naturalización del otro, la indiferencia frente a lo extraño y la excesiva comodidad frente a lo familiar. Tolerar al otro instala un tipo de relación de descompromiso con ese otro tolerado, ya que no se propone indagar sobre las condiciones histórico-sociales que dieron origen a la emergencia de identidades constituidas como otros a ser tolerados.

En todos los casos mencionados, la modernidad necesita del otro para:

[...] dar nombre a determinadas unidades culturales que encuentran su nivel de denotación en el sistema de lo aceptado, pero con signo negativo: (-) orden establecido, (-) estado liberal-burgués, (-) cordura y racionalidad, (-) medida, (-) patriarcado y hegemonía de lo tradicionalmente masculino, (-) humano, (-) diversidad étnica etc. (Martínez Torres, 1990, p. 21)

El estigma es otro elemento cultural del carácter semiótico que reviste la noción de otredad. Para Goffman (2006) las políticas de la identidad y de la normatividad de una determinada sociedad son instrumentales en la construcción de la identidad y la otredad.

Si el individuo adopta una línea políticamente “correcta” según la cultura a la que pertenece, podrá abrazar sus propias condiciones y ser una persona “cabal, digna y beneficiosa” para la sociedad. Habrá aceptado un sí mismo (self), pero este sí mismo es necesariamente un habitante extraño, una voz de la sociedad que habla por y mediante él. El posicionamiento esencialista

de creer que hay una “normalidad” lleva a la construcción del otro a partir del estigma.

Goffman menciona tres tipos de estigmas con los cuales la mismidad construye al otro: los relacionados con el carácter (que se perciben como falta de voluntad, pasiones antinaturales, deshonestidad etc. que se refieren a enfermedades mentales, adicciones, homosexualidad, desempleo etc.), los estigmas tribales de raza, nación, religión, y los estigmas relacionados con el cuerpo. El cuerpo como signo es un conjunto de significaciones vividas (Merleau-Ponty, 1993) y está en el origen de nuestra capacidad de semiotizar el mundo, por lo que cumple un papel esencial en la composición de la cultura.

Asimismo, es un signo-objeto que el otro ve, observa, utiliza o intenta controlar; un objeto-signo que encarna la otredad que al significarlo lo limita y lo constriñe (Finol, 2009, p. 129). Desde el punto de vista semiótico, el cuerpo se constituye en recintos de significado cultural y control social, siempre expuestos a cuestiones regulatorias de poder.

La dimensión espacial y territorial, que configura el ordenamiento de los cuerpos a partir de lógicas materiales y simbólicas impuestas por las estructuras de poder, también da lugar a la conceptualización del otro a partir de unidades culturales específicas.

La construcción de los “otros geográficos”, según Staszak (2012), parte del supuesto de que las superficies culturales se dividen en zonas espaciales homogéneas (continentes, países, áreas, barrios, villas, edificios, etc.): el aquí es habitado por el nosotros, y el allá alberga a los otros. La división de la humanidad en razas y el mundo en continentes es la estrategia que el eurocentrismo ha utilizado para crear una forma espacial del otro.

Algunos signos de la otredad determinados por la dimensión espacial se producen a partir de binarios discursivos del tipo civilizado-salvaje, culto-supersticioso, occidental-oriental, primermundista-

tercermundista, desarrollado-subdesarrollado, en los que la primera unidad cultural constituye la identidad privilegiada y la segunda, la otredad negativa.

Por otro lado, la espacialización del otro que convive con el yo en el mismo territorio, se logra por medio de su confinamiento a lugares que también demarcan el aquí nuestro y el allá del otro.

El aislamiento del judío en el gueto, el corrimiento del pobre hacia la villa miseria, la segregación de los negros a la periferia, la reducción de la mujer al espacio doméstico son ejemplos de espacialización de la otredad. El exotismo, además, es el signo cultural más directo del otro geográfico, ya que opone la anormalidad de otro lugar con la normalidad del aquí. Es el resultado de un proceso discursivo que consiste en superponer la distancia simbólica y material, y que solo cobra sentido desde el espacio cultural del yo, reconfortando sus fantasías y su superioridad (Staszak, 2012).

Metáforas de la otredad

Dedicamos un último segmento de este trabajo a los interrogantes que seguramente surgirán en relación con la estética propia del texto literario, al intentar identificar las unidades culturales que definen al otro: ¿Qué formas toma la concepción de otredad en el discurso literario? ¿Cuál es la variedad y riqueza trópica con que el otro es percibido en la ficción?. Seguramente, se producen variaciones en el uso de los recursos y del lenguaje literario que configura a la otredad según el escritor, su contexto, su intencionalidad.

Sin embargo, proponemos a la metáfora como forma privilegiada de significar al otro, fundamentalmente por la dimensión ideológica que conlleva este tropo.

Rueda de Twentyman (2016) señala que las metáforas no son un simple ornato o aditamento del lenguaje poético, con un valor exclusivamente estético, sino un recurso esencial de nuestro pensamiento; cumplen una funcionalidad ideológica ya que construyen la realidad a la que se refieren

definiendo a las personas, los objetos, las situaciones o los fenómenos destacando algunos rasgos y ocultando otros.

En concordancia con el párrafo anterior, también reflejan un orden cultural a partir del orden metafórico al que pertenecen; cumplen una función valorativa o evaluadora y proponen modos de acción en las prácticas culturales, sociales y políticas a partir de la construcción ideológica en la que participan (pp. 9-10).

Por lo tanto, desde una concepción socio-semiótica, las metáforas indicarían la forma en que ciertas unidades culturales son materializadas en el lenguaje; no solamente dando un nombre a determinados signos sino también calificándolos y participando en la construcción de la visión de mundo de una sociedad. Lakoff y Johnson (en Rueda de Twentyman, 2016, p. 15) sostienen que las metáforas de una determinada cultura imponen un “régimen de verdad, es decir, desempeñan un papel central en la construcción de la realidad social y política”.

Por tanto, una cultura metaforiza la otredad destacando u ocultando ciertos aspectos del otro, y construyendo una perspectiva de éste. La metáfora encuentra un lugar particular en las relaciones de poder, ya que generalmente son los grupos dominantes quienes imponen sus metáforas como el modo verdadero de interpretar la realidad.

A causa de su funcionalidad ideológica, las metáforas de la otredad pueden operar como mecanismos de deshumanización; como recursos discursivos que vehiculizan una concepción estereotipada. La cultura y clase dominante imparte sus nociones, costumbres y normas al que es diferente, y lucha por mantener una identidad estable al etiquetar a todos los que se “desvían” de dicha norma como bárbaros, animales, terroristas, plagas, virus etc.

Siguiendo el pensamiento foucaultiano, en la tradición eurocentrista, la actitud hacia el otro daría lugar a metáforas siempre vinculadas a la locura, el crimen y la enfermedad, arraigadas en la cesura que establece la distancia

entre la razón y la no razón (Foucault, 2000, pp. IX-X), entre lo humano y lo inhumano, entre el bien y el mal.

Para Beilin (2007, p. 295) los escritores utilizan y recrean las metáforas más presentes en su cultura, convirtiéndolas en narrativas de las experiencias que pudieron haber constituido su origen y también en las narrativas de las experiencias que pueden contemplarse como su resultado. Citaremos a continuación algunos antecedentes que exploran la otredad y sus representaciones metafóricas en ficciones literarias.

El trabajo de Martínez Torres *Para una relectura del Boom: populismo y otredad* (1990) estudia un *corpus* de cuentos de Cortázar, Donoso y García Márquez, y muestra cómo el proceso de constitución de los *dramatis personae*, transfondo narrativo, argumento y discurso se engranan con la idea de otredad y con un quehacer ideológico. Martínez Torres observa que en la literatura del boom el otro es percibido a partir de la metáfora como seres fabricados, golémicos, animales, monstruos, es decir, personajes propios de la literatura fantástica. “La operación de reagrupamiento de las unidades culturales, la selección de éstas para su reordenación, conducen con una frecuencia casi absoluta a la deformación del personaje resultante, a su devaluación y ello implica un profundo operar ideológico” (1990, p. 22).

Otro antecedente de interés es el estudio de Vaughan “Caliban in the Third World: Shakespeare Savage as Sociopolitical Symbol” (1988), en el que analiza el personaje shakesperiano Caliban, mitad hombre mitad monstruo, como metáfora del otro latinoamericano o africano.

Para la literatura caribeña y latinoamericana, la metáfora de Caliban es vital, no solo como símbolo de protesta, sino también porque implica una imagen positiva de los habitantes originarios del nuevo mundo colonizado por los europeos. Caliban metaforizado implica el dueño legítimo de las tierras y el sujeto-colonizado que no olvida su cultura, su historia, sus mitos, su arte. En el estudio “Cómo domesticar al otro: tres metáforas de la otredad en la

tradición cultural europea”, Kroflíc (2007) analiza diversos ejemplos pertenecientes a la literatura europea renacentista y se focaliza en caracterizar cómo algunas metáforas se han transformado en representaciones históricas de la otredad.

Para Krolific, tres de las metáforas que condicionaron la otredad en el mencionado período son el loco, el tonto y el leproso, que inundan las obras de William Shakespeare, Miguel de Cervantes, Pierre de Ronsard, Baldassare Castiglione entre otros. La dominación, la domesticación y la inclusión social de los otros son las estrategias que justifican dicha creación metafórica en la Europa del siglo XVI.

Conclusión

En este artículo hemos sentado una postura en relación con la factibilidad y la legitimidad de abordar el concepto de otredad desde el arte, en nuestro caso, desde el discurso literario. Sin apartarnos de la concepción lévinasiana del otro como totalmente-otro, y de las observaciones de Skliar acerca de la imposibilidad de tematizar al otro sin transformarlo, delineamos un posicionamiento que parte de la concepción sociocrítica de literatura.

La literatura como objeto social implica una representación no de la realidad objetiva como tal, sino de los múltiples discursos que representan la realidad.

La otredad puede entonces ser textualizada a partir de sus articulaciones discursivas y condiciones materiales localizadas. La cacofonía y la heteroglosia bajtiniana nos ayudan como soportes teóricos para legitimar la presencia de diversos discursos sociales en el texto literario.

Asimismo, adherimos a los aportes de Hall desde la arena sociológica, que destacan a la identidad y la otredad como una producción que nunca está completa y que se constituye dentro de la representación y no fuera de ella.

En segundo lugar, hemos propuesto una metodología sociosemiótica para el abordaje del concepto de otredad en la ficción literaria. Nos interesan las perspectivas de Eco, *el signo como unidad cultural*, y de Martínez Torres, *la otredad como sistema de lo excluido constituido por determinadas combinaciones de unidades culturales*, para definir una hermenéutica de la otredad.

Partimos de los signos que la modernidad/colonialidad ha construido para designar al otro; unidades culturales que encuentran su nivel de denotación en el sistema de lo aceptado, pero con signo negativo. El estigma, el exotismo, el populismo, el cuerpo como recinto de control socio-político son algunos signos que la colonialidad ha construido para configurar al otro.

Finalmente, y adentrándonos en la arena de los recursos que la literatura usa para la configuración de otredades, destacamos el uso de la metáfora como figura estética e ideológica. Proponemos explorar la configuración del otro a partir del mencionado tropo, que seguramente develará los modos en que la otredad se conceptualiza a partir de determinadas visiones de mundo.

Referencias Bibliográficas

- Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Arfuch, L. (Comp.) (2005). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Bajtín, M. (1981). *The Dialogic Imagination*. Austin: University of Texas Press.
- Baudrillard, J. (2000). *Figuras de la alteridad*. México: Taurus.
- Beilin, K. (2007). *La otredad, la metáfora y el realismo inquietante*. Disponible en https://www.academia.edu/10151043/_La_otredad_la_metafora_y_el_realismo_inquietante_Capitulo_VII_de_Del_infierno_al_cuerpo_

- Duschatzky y Skliar (2001). Los nombres de los otros. Narrando lo otros en la cultura y en la educación. En: Jorge Larrosa y Carlos Skliar (comp.) Habitantes de Babel. Políticas y Poéticas de la diferencia. Laertes. Barcelona.
- Dussel, E. (1992) 1492. El encubrimiento del Otro: hacia el origen del mito de la modernidad. La Paz: UMSA. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación Plural Editores
- Eco, U. (1979). Tratado de semiótica general. Barcelona: Editorial Lumen.
- Elgue de Martini, C. (2003). La literatura como objeto social. En Invenio, Revista de Investigación Académica. N°. 11, 2003, págs. 9-20.
- Fadiño Barros, Y. (2014). La otredad y la discriminación de géneros. En Advocatus. Vol. 11, N° 23, pp. 40-57. Barranquilla: Universidad Libre Seccional.
- Fanon, F. (1986). Piel negra, máscaras blancas. La Habana: Instituto del Libro.
- Finol, J. (2009). El cuerpo como signo. Enlace, Revista Venezolana de información, tecnología y conocimiento. Año 6, N° 1. Pp. 115-131.
- Foucault, M. (2000) Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975). Bs. As.: FCE.
- Goffman, E. (2006). Estigma: La identidad deteriorada. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Hall, S. (1999). Cultural Identity and Diaspora. En P. William, & L. Chrisman, Colonial discourse and Poscolonial Theory: a reader (pp. 227-237). London: Harvester.
- Krofflic, R. (2007). Cómo domesticar al otro: tres metáforas de la otredad en la tradición cultural europea. En Paideusis, Volume 16 (2007), No. 3, pp. 33-4.
- Lévinas, E. (1987). Time and the Other. Pittsburgh: Duquesne University Press.
- Martínez Torres, R. (1990). Para una relectura del boom: populismo y otredad. Madrid: Pliegos.

- Merleau-Ponty, M. (1993). Fenomenología de la percepción. Buenos Aires: Editorial Planeta Argentina.
- Moslund, S. (2011). "Difference, Otherness and Speeds of Becoming in Transcultural and Migration Literature and Theory." In Otherness: A Multilateral Perspective, pp.183-198. Frankfurt am Main: Peter Lang.
- Proust, M. (2018). Time regained. Stephen Hudson (Trad.). UK: Oxford University Press.
- Puchmüller, A. y Ginestra, E. (eds.) (2019). Narrativas de la Otredad. Literatura y Estética. San Luis: Nueva Editorial Universitaria.
- Rueda de Twentyman, N. et. al. (2016). Metáforas. De la cognición al texto. Córdoba: Comunicarte.
- Sencindiver, S. et al (2014). Living Literary Others. Denmark: Aarhus University Press.
- Skljar, C. (2002). ¿Y si el Otro no Estuviera ahí? Notas para una pedagogía (improbable) de la diferencia. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Staszak, J. (2012). Other, Otherness. En International Encyclopedia of Human Geography. New York: Elsevier.
- Staszak, J. (2012). Other, Otherness. En International Encyclopedia of Human Geography. New York: Elsevier.
- Vaughan, A. (1988). Caliban in the Third World: Shakespeare Savage as Sociopolitical Symbol. The Massachusetts Review. Vol. 29, No. 2. pp. 289-313

Recibido: 16/03/2020

Aceptado: 30/04/2020

Cómo citar este artículo:

Puchmüller, A. (2020), Investigar la noción de otredad a partir de la literatura. Aportes desde la sociocrítica y la sociosemiótica. RevID, Revista de Investigación y Disciplinas, Número 2, San Luis, 106-124.